

12

XII

DISCURSO

PRONUNCIADO

EL DIA 11 DE ENERO DEL CORRIENTE AÑO

EN

LA ACADEMIA DE ORATORIA

DE LA REAL UNIVERSIDAD DE SANTIAGO

POR

SU VICE-PRESIDENTE

EL

Er. D. JOSÉ MARIA MATA Y BARRERA,

NATURAL DE TUDELA, REYNO DE NAVARRA.



CON LICENCIA:

EN LA IMPRENTA DE D. JOSÉ FERMIN CAMPAÑA

Y AGUATO, AÑO DE 1827.

Dulce et decorum est pro patria mori. Horatio oda 2.^a
Lib. 3.^o

NOTA.

Confieso con la ingenuidad que me caracteriza que este discurso trabajado con el unico objeto de pronunciarlo en la Academia, no debe merecerse la lectura de los profesores literatos; pero habiendo llegado á entender que algunos de los que lo escucharon han querido despojar á mi corto ingenio de una propiedad que me glorio le es esclusiva, imputándome la fea nota de plagiarlo que detesto; y accediendo por otra parte á las reiteradas instancias de varios de mis amigos, me he movido á darlo á luz para desengaño de los primeros y satisfaccion de los segundos.



SEÑORES:

Al reflexionar con detencion sobre la delicadeza y dignidad del arte de persuadir; al considerar el caudal de erudicion y profundos conocimientos que exige, la multitud embarazosa de reglas que prescribe, y el conjunto de nativas y relevantes prendas de que supone adornados á los que se consagran á tan espinoso ministerio; al reconocerme al mismo tiempo desnudo de estas preciosas dotes características del talento oratorio; y al contemplar por otro lado la turba desordenada de jueces, acaso incompetentes, que transformados en otros tantos Aristarcos poseidos de sentimientos menos generosos, se deleytan en satirizar con mordacidad aun las producciones mas acabadas, del genio: mi imbecil espíritu poco acostumbrado á desarrollarse á la presencia del público se resentiria visiblemente en este momento, si agentes eficaces no concurrieran á reanimarle. Si, mis amados compañeros; la ingenuidad, esa virtud her-

mosa é inapreciable que realza en tanto grádo la innata grandeza del hombre, me obliga á prorrumpir en una confesion sincera de mi insuficiencia. Preciso á ofreceros en el dia de hoy el resultado de mis tareas, y á demostrar el fruto inmaturo de las lecciones debidas al celo infatigable de nuestro dignísimo Moderante, la confianza que me inspira vuestra bondad y la de los demas beneméritos profesores é ilustrados circunstantes que han tenido la dignacion de dispensarme su asistencia, es el único resorte por cuyo impulso puesto en accion mi ánimo, me atrevo á deponer toda prevencion disfavorable que pudiera agitarme y á dirigiros mis palabras sin la menor turbacion.

No penseis, por eso, halagar vuestros oidos con la cadencia sonora de una composicion hermosea por la melodiosa estructura de sus períodos, y la feliz invencion de las frases mas espresivas. No engañeis á vuestra imaginacion haciendole creer vá á enagenarse con la perspectiva de imagenes animadas y pintorescas y con el desenlace de pensamientos interesantes. Os equivocais, si os persuadis hallar ajustado mi discurso á los principios elementales de la Retorica, y engalanado con las bellezas y primores que ella nos proporciona en sus tan utiles como complicadas leyes. Pluguiera que así fuese; mas como podría yo, no digo esperar, pero ni aun aspirar á un triunfo tan ventajoso sin descubrir la arrogancia mas temeraria, mas vergonzosa, mas reprehensible? Ya que

no me era dado renunciar el delicado encargo de romper la marcha el primero en los ejercicios prácticos de la Academia, desde luego dediqué todo mi estudio, y circunscribí todo mi anhelo á depararos un asunto que ocupando esclusivamente vuestra atencion por su importancia, no os dejase lugar á escrupulosas observaciones acerca del merito de su coordinacion oratoria. Una y mil veces enmendé la eleccion, y otras tantas dudé del acierto; hasta que Horacio, aquel célebre Poeta tan afortunado en pintar las conmoviones arrebatadas del corazon humano, abriéndome sus tesoros, me sugirió en la Oda 2.^a del Lib. 3.^o una sentencia memorable canonizada por la esperiencia de todos los tiempos: oidla.

Dulce et decorum est pro patria mori
Satisfactoria y honrosa muerte es la del
que espira en defensa de la Patria

¡O sentimiento noble! ¡O grandioso y sublime concepto! ¡O lenguaje castizo del entusiasmo! ¡O maxima insigne digna de estar grabada con caracteres ineluctables en lo mas sagrado del hombre! ¡Que no me hallára dominado de la vehemencia irresistible con que se explicaba el Orador de la Grecia en las asambleas de Atenas, para arrastraros impetuosamente ácia aquella idolatrada deidad de otras edades! ¡Con que coloridos tan naturales como persuasivos os presentaría yo entonces la excelencia de un objeto

interesante en si mismo! Pero dichoso me llamaré si mientras vosotros os sometéis con docilidad á escucharme, lo que me prometo, consigo haceros ver sencillamente que *el héroe que sacrifica su existencia en obsequio de la Patria muere con satisfaccion, y sobrevive con honor: dos puntos que dividirán mi oracion.*

Destinado el hombre para la sociedad por los decretos eternos é inmutables del Hacedor Supremo, es deudor de su existencia al suelo que le vió nacer, al Gobierno bajo cuyos auspicios la conserba, á la Patria. Si, á la Patria; dulce nombre, otro tiempo las delicias de nuestros mayores, y hoy el velo con que se cubren los planes sanguinarios de una delirante filosofia. Yo os supongo á todos convencidos de su genuina significacion, y me persuado no la confundireis con ese ente quimérico tan decantado en nuestros últimos dias: con ese ominoso simulacro por cuyas aras nefandas hemos visto correr á raudales la sangre de inocentes víctimas inmoladas al capricho de una faccion aleve y regicida: con ese desenfrenado pueblo, que abrogandose descaradamente la investidura de los Ungidos hizo vacilar los Tronos de San Luis y San Fernando, puso en consternacion y estremecimiento los gabinetes de Europa y ha hecho resentirse por todas partes el equilibrio social: con esa tur-

7

bulenta..... pero alejemos de la vista, carísimos compañeros, un cuadro ingrato á la humanidad que nos describe trágicas escenas dignas de llorarse con lágrimas perennes. Es incontestable, la razon lo dice y la historia lo atestigua, que la felicidad pública de toda nacion está identificada con la de su Soberano, que son relativos sus intereses, mutuos sus infortunios, una su causa, unos mismos los elementos de su conservacion, y que subsisten trabados por un enlace indisoluble los vínculos que ligan á los hombres para con aquella y para con este: á cuyo compuesto moral damos la denominacion de *Patria*. Sin embargo estaba reservado á los pretendidos regeneradores que abortó el siglo XVIII y pulularon en el presente, el agigantado proyecto de llevar á ejecucion las teorías atroces del Monarquismo, destruyendo una reciprocidad acatada por tantas edades, confirmada por tantos siglos y apoyada en el testimonio constante y universal de todos los Reynados. ¡Tanto han podido los desvaríos de la razon humana empeñada en traspasar la esfera de sus luces!

Por fortuna en nuestra España, suelo clásico del arbol de la lealtad y del heroísmo, no han profundizado las raíces de tan dañino germen. El Español ufano de haber sido el primero que entre los regionarios del Occidente enarboló el venturoso estandarte de la Ley de Gracia, sabe por los dogmas de su Religion, que á la voz del Soberano colocado de atalaya sobre los enemigos

del Estado deven ponerse en alarma sus vasallos, no dudando sacrificar su propia vida, si necesario fuere, por salvarle; sabe que en la defensa del Monarca está cifrada la salvacion de la Patria; y sabe tambien que de tan sagrada obligacion á nadie es dispensado eximirse. El poderoso y el desvalido, el sábio y el idiota, el empleado y el artista, el labrador y el mercenario, el de la Corte y el de la aldea, el que descansa en soberbios alcázares y el que havita en miserables aduares, todos respectivamente como sugetos al suave yugo de la obediencia filial, es forzoso presten sus oídos á los amorosos llamamientos de la Patria. Asi que, ni las sugestiones rateras del interés privado, ni las caricias de los tiernos hijos, ni las l. grimas de la adorada esposa, ni los suspiros del desconsolado padre, ni los clamores del amante hermano, ni las estrechas conexiones del estimado deudo, ni las voces del consecuente amigo, ni las preocupaciones de la mimada educacion pueden tener cabida en el corazon del ciudadano, que armandose en auxilio de su Patria abanza á marchas dobles ácia el templo de la inmortalidad.

¿Y como podriamos resistirnos á rendir tan justo tributo á una cariñosa madre que estrechandonos en su regazo nos vivifica y conserva, sin incurrir en la ingratitud mas abominable, crimen que detesta por solo su instinto el bruto? Los beneficios que con mano liberal nos multiplica son harto visibles para que se desconozcan.

¿Invocamos su proteccion contra los ataques de un insidioso adversario: ? ella nos pone á cubierto de sus asechanzas. ¿Nos aflige la prepotencia de un poderoso: ? ella nos defiende. ¿Mancilla nuestro honor un impostor atrevido: ? ella nos desagravia. ¿Atenta contra nuestras fortunas la malicia de un litigante temerario: ? ella nos protege. ¿Nos arredra la osadía de un saltador desalmado, ó de un cauteloso ratero: ? ella los auyenta. ¿Invade nuestras preeminencias un inferior envidioso: ? ella nos ampara. ¿Nos ofende la insolencia de un desmedido censor: ? ella lo reprime. Si vivimos con tranquilidad en el seno de nuestras familias; si disfrutamos con placer de los favores que nos dispensó la naturaleza; si descansamos con sosiego en nuestros lechos; si el artista trabaja en su taller, el sabio discurre en su retrete, y el magistrado ejerce sus augustas funciones en el Santuario de Temis sin contradiccion ni temor; es porque la madre Patria acogendonos á todos bajo el manto de su proteccion, resiste con mano fuerte los empeñados embates de la fuerza y el poder. ¡Infeliz de la sociedad, si estos dos furiosos árbitros hubiesen de fallar sobre la suerte y las haciendas de los hombres! ¿Que hace, luego, el que pelea contra los enemigos de la Patria, sino pelear contra los suyos? ¿El que sostiene los intereses de la Patria, sino sostener los suyos? ¿El que aventura su vida por la salvacion de la Patria, sino aventurarla por la suya? ¿Y el que perece en defensa

de la Patria, sino perecer en defensa suya? Bien pudiera valerme en apoyo de esta luminosa verdad de las plumas de tantos eminentes varones que la panegirizan, cuyos nombres son pronunciados hoy día con respeto y veneracion por todas las gentes; pero, ¿á que fin menudigar el auxilio de la autoridad humana, si el mismo Dios nos habla terminantemente por boca de su Profeta? *Utilitati*, dice, *studete illius civitatis in quam ego Deus vos abduci passus sum, et orate pro ea ad Jehoban; si enim illi bene est, et vobis bene erit.* (1)

Siendo, pues, tan evidente é incontrastable la obligacion en que viven constituidos los miembros del cuerpo político de posponer su bienestar respectivo, cuando tal sacrificio reclame la conveniencia comun; ¿quien negará la satisfaccion que trae consigo el cumplimiento de este deber, si consulta los sentimientos del corazón humano? Cuando el hombre se conduce por la senda de la rectitud y del honor; cuando sus acciones son hijas de una voluntad sujeta ciegamente á la conviccion del entendimiento; cuando satisizo á los oficios que le impone la ley de la naturaleza, y la Religion le renueva; descansa tranquilo su espíritu, semejante á la aguja magnetizada inquieta hasta encontrar su deseado norte. La envidia detractora podrá tal vez herirle con su aguijón maligno, obscureciendo acaso por algun tiempo la glo-

(1) *Jeremias XXIX. 7.*

ria exterior, no siempre compañera de la virtud; mas nunca, nunca rebajará la interior complacencia del alma, tan inmortal como el alma misma. Desoygan los penetrantes gemidos de la Patria esa clase de seres detestables que ponen á un nivel el merito y el vicio, y prostituidos á su mezquino interés no existen sino para pesar sobre una sociedad que debiera arrojarlos de su comunión con ignominia: en si mismos experimentarán los látidos mas crueles inseparables del malvado, cualquiera que sea la condicion de su suerte: al paso que el verdadero vasallo que al oír el clarin que le comboca vuela en alas de su encendido amor á tomar parte en la lid, ó volverá coronadas sus sienes de inmarcescible oliva á reunirse á sus compatriotas que suspiran con ansia su regreso; ó si peligrase en tan glorioso combate, al terminar su existencia pronunciará entre sus exánimes acentos aquellas consoladoras palabras: *cumplí con mi deber..... muero gustoso..... la posteridad me juzgará*; Lisongero desaogo, plácido transporte, solido lenguaje de una pasión ardiente!

Si no temiera importunaros, carísimos compañeros me remontaría con esta ocasion hasta los primeros tiempos, y recordaría á vuestra memoria la intrepidez extraordinaria de un Horacio, el valor invencible de un Scipion, el arrojo inimitable de un Curcio y el celo enardecido de un Marco Tulio; héroes todos que contribuyeron tanto á la exáltacion del Imperio Romano: me

trasladaría desde aquella opulenta República á las regiones del globo, y pondría á vuestra vista los Hamnibales de Cartago, los Alcibiades de Atenas, los Belisarios de Constantinopla, los Godofredos de la Tierra Santa; y os ponderaría por ultimo la animosidad admirable de los trescientos Lacedemonios que en Termópolis hicieron frente á las huestes vencedoras de Gerges. Pero á la verdad, ¿no sería un improbo trabajo recurrir á la historia de naciones lejanas, cuando los fastos de la nuestra nos ofrecen superabundantes rasgos de la heroicidad mas acendrada, heroicidad que no puede hermanarse con el temor servil de la muerte, y que nos predica el placer con que los defensores de la Patria celebran el transito para la eternidad? ¡Ha! ¡Que no me fuera dado reanimar las yertas cenizas que se encierran bajo la losa fria del sepulcro! Sobre los escombros de Numancia y Sagunto sentirias levantarse en tropel los manes de aquellos valerosos habitantes, cuyo denuedo singular é impavido espíritu ha formado época memorable en los anales de Roma y de Cartago. Por entre las breñas inaccesibles de las montañas asperas de Asturias veriais reflejar á los rayos del Astro las lanzas enristradas de nuestros venerables mayores, marchando con sin segundo arrojo al campo del honor en pos de D. Pelayo: veriaislos emprender gustosos penosas jornadas, arrostrar inminentes peligros, superar las inclemencias de la atmosfera, el hambre y la desnudez, abrirse camino por

cerros intransitables , humillar el orgullo de las medias lunas y sacudir al fin completamente la coyunda del mahometismo. Ved aquí , os dirian , las honrosas cicatrices de otras tantas heridas recibidas en defensa de la Patria: ¡cobardes , indiferentes á la gloria y al honor! Si no quereis seguir las huellas que os dejaron marcadas con su sangre vuestros padres , abandonad un suelo que solo se crió para los héroes , renunciad el dulce nombre de hijos que desmereceis , y huid , aun entonces , á donde no os alcance nuestra indignacion y furor. ¿Quién de nosotros , Señores , no se estremeceria al reconocer el peso de tan terrible anatema ? ¿Quién no se apresuraria á desagrabiar el enojo de aquellos irritados Atletas ? ¿Y habria alguno que aun se conservase en una criminal apatía , y no aspirase á reportar el premio reservado á la fidelidad ; nuevo atractivo cuya influencia es tan poderosa que arrastra al hombre de pundonor á las empresas mas arduas ?

Aun los pueblos bárbaros de la antigüedad que yacían sepultados en el caos del politeismo , y sumergidos en el fango del error : aquellos pueblos desgraciados para quienes fué desconocida la idea del verdadero Dios y la eterna recompensa del justo , supieron escitar las nobles pasiones de los hombres , tocando á su corazon un resorte irresistible : tal era el colocar en la gerarquía de sus deidades á los preclaros ciudadanos que sobresalían en amor ácia la Republica. Publíquen-

lo Hercules, Julio César, y su sucesor Augusto elevados á tan excelso rango. Con tan lisongero aliciente, ¿cuantos progresos no hicieron? ¿Cuantas victorias no cantaron? ¿Cuantos héroes no produjeron? ¿Cuantas virtudes no aumentaron? ¿Y cuantos volúmenes no ocuparon en la descripción de sus conquistas que no podemos leer sin asombro? ¿Y llegará á tal extremo nuestro envilecimiento que consintamos nos aventajen las naciones paganas? Ese Paraíso celestial, esa felicidad sempiterna, ese galardón infalible han de ser menos eficaces para con los hijos del Evangelio que lo fueron para con los gentiles las absurdas ilusiones de su fabulosa Religión? ¿No imitemos al menos el ejemplo de nuestros compatriotas que están recibiendo con usuras el premio de su patriotismo? Martires de la Patria.... Ciudadanos de otra que os ganasteis á costa de vuestra sangre.... inmortal Elío..... respetable Vinuesa..... benemérito Barón de Saint-Joanni..... (1) ilustre Goyfleu... descendidos rodeados de gloria del Supremo Empireo en que debéis morar; atravesad las celestes regiones que os separan de nuestra compañía; venid, y rompéd el silencio que os embaraza; lo ruegan vuestros leales amigos: explicadnos, si os es permitido, el triunfante recibimiento con que fuisteis festejados en esa mansión

(1) Héroe Gallego víctima del furor revolucionario en la Ciudad de la Coruña.

de la paz, y el encumbrado asiento que ocupais entre esos bienaventurados cortesanos, en recompensa al celo santo con que vindicasteis la causa de vuestra Patria contra los corifeos de la revolucion, y á la constancia inalterable de que disteis público testimonio en los críticos instantes de vuestra vida. Confunde tu Elío con los rayos de tu esplendor la procacidad de aquella asalariada gavilla, cuyas miradas feroces y dicerios frenéticos, observaste y escuchaste tantas veces desde el calabozo en que te undió la perfidia mas atroz disfrazada artificioosamente con el honesto traje del candor. Haz patente á todos los Españoles de la presente y sucesivas generaciones que el Teniente General D. Francisco Javier Elío, siempre fiel á su Rey y Señor, y satisfecho de la pureza de su privada y pública conducta, supo despreciar con magnanimidad las coyunturas que se le ofrecieron para libertarse de las garras de los carnivoros tigres cebados en el sangrientamente. Impertérrito Vinuesa, preséntate revestido de grandeza y magestad ante los sanguinarios asesinos que clavaron en su cuerpo el puñal sacrílego, y magullaron tu cabeza signada con el carácter mas inviolable. Y vosotros Goyffieu y Saint Joanni, manifestad..... Me distraigo, Señores insensiblemente. Dispensadme una digresion á que me arrastró mi acalorada fantasía. Dejemos descansar en la eterna morada de los justos á tan verdaderos patriotas, mientras que acá les tributamos el honor que

se merecen y sus nombres sobreviven en nuestro reconocimiento con la veneracion á que se hicieron acreedores por sus cívicas virtudes: que es el otro galardón que consiguen y el objeto de la 2.^a parte de mi discurso.

¡Que campo tan vasto y tan ameno se descubre á mi consideracion en este momento! Si el corto periodo á que debo limitar mis reflexiones no me lo impidiera; ¡cuantos paysages interesantes recorrería! Levantaría el velo que nos oculta el conocimiento de los sucesos humanos: abriría esos depósitos incorruptibles de la verdad: escudriñaría esos preciosos monumentos en que descansa la suerte de las naciones: consultaría á esos testigos fidedignos impenetrables á las tentativas del soborno y de la seduccion; á los libros, á las historias digo. Transportado por su medio de ciudad en ciudad y de reyno en reyno, me internaría en los mas recónditos imperios aun del mundo incivilizado; y los Arabes, y Persas, y Tártaros, y Egipcios, y Francos, y Gaulos, y Germanos, y Galos, y todas tanto antiguas como modernas repúblicas me franquearían sus archivos llenos de prerrogativas honoríficas dispensadas al valor y fidelidad de los defensores de la Patria: la Grecia empero disputaría con razon la supremacia entre todas.

Si Señores, la Grecia cuna floreciente de la li-

teratura y de las artes, fué al mismo tiempo el teatro envidiado del heroísmo. Constituía, es verdad, en la alternativa de vencer ó morir á sus soldados; pero se esmeraba tambien con singularidad en distinguirlos. Yo no me detendré en seguir el hilo complicado de sus vicisitudes políticas: omitiré la relación de los claros personajes que la inmortalizaron: nada me ocuparán los privilegios, exenciones é indultos con que distinguía en vida las acciones militares: pasaré por alto aquella famosa ley de Atenas que consignaba sobre los fondos del Erario una cuota proporcionada á favor de los inutilizados en la guerra: alcanzando tal gracia las familias indigentes de los que morían con las armas en la mano por la causa pública. Si hubiera de descender á tales pormenores, me distraería necesariamente del asunto, y fatigaría demasiado mi memoria y vuestra atención: baste pues el dar una ligera ojeada ácia las honras póstumas con que Grecia perpetuaba la fama de sus difuntos patriotas. Colocadas sus cenizas en magníficos mausoléos expuestos á la presencia del pueblo, un inmenso gentío se desplegaba de todos sus ángulos. Desde el decrepito anciano hasta el balbuciente niño, desde el patricio mas condecorado hasta el mas inferior plebeyo corrian todos mezclados á porfia, cada cual anhelando ser el primero en adorar tan apreciadas reliquias. Entre la confusion general y el llanto incesante solo se percibían los lamentos interrumpidos con que

significaban el dolor mas acerbo por la pérdida irreparable de sus compatriotas. Esparcían sobre ellos flores olorosas: quemaban en su derredor fragantes perfumes; entonaban cánticos en su obsequio: recordaban con aplauso sus proezas: preconizaban sus virtudes con elogios fúnebres recitados en público en medio del silencioso respeto que infundían los ritos de su Religión; y vinculaban sus nombres á la posteridad, estampandolos con elegantes inscripciones en suntuosas pirámides que erigían á su memoria. Este imperfecto bosquejo trazado con mi toscó pizacel en pocas líneas, os dará una idea aunque inexácta del interés extraordinario que los Griegos tomaban en el honor y celebridad de sus héroes.

Roma, la dominante Roma que compiló en su codice decenviral la sabia legislacion de la Grecia, heredó juntamente su espíritu de emulacion y de entusiasmo. Si su pavellon sobervio llevó el terror por todas partes y se enseñoreó victoriosamente del mundo, fué por los incentivos que empleaba para avivar en sus ciudadanos el fuego santo del amor nacional. ¡Con que demostraciones de ternura y sentimiento lloraba inconsolable su desgraciada muerte! ¡Que esmero manifestaba en colgar en sus casas los pertrechos y despojos tomados al enemigo, como signos visibles de su valor! ¡Con que epiteros los condecoraba! ¡Que publicidad daba á sus virtudes! Apesar de la mano destructora del tiempo, aun duran los vestigios de las elevadas columnas, ar-

cos triunfales y costosas estatuas que les levantó con prodigalidad, enriqueciendo con ellas las pórticos, las plazas, las murallas, y los caminos públicos: aun existen los restos de la moneda que acuñó con sus nombres: aun se conservan los retratos de aquellos esclarecidos Romanos, ilustrados con emblemas y geroglíficos que simbolizan su patriotismo; y aun vemos ocupar las páginas de nuestros venerandos códigos una multitud de leyes establecidas en su favor, que el nunca bien ensalzado Legislador de las Partidas, atemperándolas á nuestro carácter y costumbres, incorporó con su sancion en la jurisprudencia patria.

No ha sido la Nacion Española menos propicia que la Griega y Romana, á la heroicidad de sus generosos vasallos. La Religion Sacrosanta que profesa, le obliga á despreciar las ridículas ceremonias de la supersticion pagana; pero le suministra unos auxilios incomparablemente mayores: y la España al paso que favorece á sus heróicos hijos con los sufragios espirituales que les aplica, no se olvida de retribuirles con honorosas distinciones. que les sobreponen á la masa comun del Estado Y sino; á quien debe su origen la hidalguía, mas que á la Real Munificencia de nuestros Augustos Monarcas que quisieron recompensar de tal modo los grandes sacrificios de sus subditos? ¿Que nos publican esos escudos de armas cuyo campo se vé iluminado con trofeos militares, sino rasgos de valor? ¿Que prego-

nan esos antiguos é ilustres solares, esos Titulos de Castilla, esos Señoríos privados, sino premios que dispensó la gratitud al heroísmo? ¿Que nos recuerdan esos fueros municipales, sino dádivas exclusivas que se merecieron por sus servicios algunos beneméritos pueblos? Por ventura, todos estos verídicos y permanentes testimonios conspiran á otro fin que á eternizar la gloria de los valerosos soldados que los consiguieron, y dejaron á su afortunada descendencia como el patrimonio mas pingue?

Y bien, patentizados suficientemente nuestros deberes para con la Patria: demostrada su verdadera inteligencia: analizados los incalculables beneficios á que le somos deudores: conocido el interés personal que ciframos en su conservacion y prosperidad: exâminada la tendencia del alma ácia el honesto placer consiguiente al cumplimiento de las leyes del honor, de la naturaleza y de la Religion: pintada con tan negros colores la situacion moral del malvado que mira con indiferencia la suerte de la Patria: escuchada la voz de la Divinidad por el órgano del Profeta: recordados de paso los exemplos singulares que nos presenta la crónica de todos los paises mas celebrados, y los portentosos triunfos de nuestros predecesores de que blasonamos con justicia: contrastados los estímulos falaces que obraban en las primeras gentes descaminadas del sendero de la felicidad, con la eterna é indefectible recompensa pro-

metida hoy á la verdadera virtud; y renovada la memoria de los Macabeos insignes de nuestros dias; ¿quien sino el perverso, el inmoral, el incrédulo negará á los defensores de la Patria la serenidad inalterable y placentera que acompaña á su espíritu hasta los postremos intervalos de su carrera? Y si encontramos en todos los imperios que se sujetan á nuestro alcance los datos mas calificativos; si las dos ponderadas Repúblicas Roma y la Grecia nos facilitan comprobantes los mas auténticos; y si en nuestra misma Monarquía lo hallamos consignado en tan constantes egemplares; ¿cómo podrá desconocerse el distinguido honor y perpetuo lustre que se grangean para mas allá de la tumba los esforzados Campeones?

Ea, pues, mis amados compañeros dignos prosélitos del Apóstol de las Españas, cuyo Sagrado Cuerpo custodiais en vuestro recinto, radíquense en nuestros corazones las saludables máximas que he tenido el honor de inculcaros en esta mañana. Dirijamonos, nobrebuena, sosegados al templo de Minerva á recibir el lauro con que se coronan sus predilectos hijos; pero si el furibundo Marte intentase asolar nuestras campiñas: si la hidra revolucionaria asomase otra vez su penzosa cabeza; si el genio del mal pretendiese empuñar nuevamente su tiránico cetro: si la faccion alta-nera que pisó por tres años nuestro suelo, osase repetir sus impotentes esfuerzos: entonces, acreditemos que aun cir-

cula por nuestras venas la sangre de los Viriatos y Pelayos : prosterguemos la profesion tranquila de las letras, dejemos los hogares, abandonemos las fortunas, cñiamos los alfanjes y corramos á salvar la Patria del catástrofe que la amenaza. Arda piramidal en nuestros pechos la llama inextinguible del patriotismo. Tiemble la misma anarquía á nuestra vista. Renuévense las escenas que vió á su despecho el coloso invasor de la Europa. No encuentre obstáculo nuestro arrojo. Donde aparezca el enemigo, alli se oyan blandir nuestros aceros. Antes de la batalla contemos por segura la victoria. Ni la espada de Alexandro pueda cortar el lazo que nos una. Al campo de la fidelidad.... si. Y escudados con el garante de la fé, animados de evangélico celo, y armados de constancia y entereza, convenzámos á la futura posteridad de que el vasallo español cuando sienta peligrar la nave del Estado, no abriga en su corazon otro principio que el de "perezca todo y sálvese la Patria."

He dicho.